

**Rosal, M. Á. (2009). *Africanos y afrodescendientes en el Río de La Plata. Siglos XVIII- XIX*. Buenos Aires: Dunken. 270 p.**

**Aldana Y. Salazar**

Centro de Historia Argentina y Americana  
Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales (UNLP-CONICET)  
Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación  
Universidad Nacional de La Plata. Argentina  
[asalazarunlp@yahoo.com.ar](mailto:asalazarunlp@yahoo.com.ar)

La esclavitud, es una forma de trabajo coercitivo, y las implicancias de ello resultan ser prácticamente las mismas para cualquier sociedad esclavista o integrada por esclavos.

En el caso de la región rioplatense, el trabajo de Miguel Ángel Rosal nos introduce de lleno en las problemáticas atravesadas por los individuos de color para integrarse en esta sociedad que si bien no ha sido tan condenatoria como otras sociedades con economías de plantación, no por ello dejaron de ser repudiados por su color de piel. En este eje, el autor nos presenta un estudio sumamente detallado sobre aquellas estrategias de inserción empleadas por estos individuos que abarcaban desde lo religioso, las formas de trabajo, los gremios o asociaciones y la adquisición de propiedades, entre otros factores. Su trabajo esta basado en un análisis íntegro de documentos como protocolos notariales, escrituras sobre la compraventa de esclavos, manumisiones, compraventa de inmuebles, dónde participaban los mismos afroporteños hallados en el Archivo General de la Nación, como también una amplia bibliografía referente al tema. La obra esta dividida en dos partes o secciones. La primera está integrada por un prólogo y una breve introducción junto a cuatro capítulos que conforman los aspectos generales. La segunda sección, dónde aborda los aspectos de la religiosidad, está compuesta por los dos últimos capítulos a los que se le agregan las conclusiones, un apéndice documental acerca de los testamentos de los afroporteños y la bibliografía general de consulta.

El prólogo, escrito por Silvia Mallo, sitúa en el marco historiográfico las principales preocupaciones de los historiadores respecto al tema, tales como las diversas formas de cimarronaje en sociedades de plantación, las formas de trabajo a las que eran destinados o la criollización de los africanos en América. En este sentido, rescata la riqueza de la obra de Rosal para comprender las disímiles y complejas estrategias de supervivencia y liberación, en una incansable lucha por la igualdad. Una brillante reconstrucción histórica que evidencia el gran aporte de estos sujetos en la construcción de nuestra temprana sociedad.

La introducción da cuenta acerca de su interés por esta temática, expone y aclara su metodología de trabajo, los documentos consultados y aquellos viejos rumbos de investigación por los que ha pasado para dar origen a la obra presentada. El resultado inicial de sus investigaciones se plasmó en su tesis doctoral, defendida en la Universidad Nacional de La Plata en los años ochenta, pero a la luz de estudios posteriores, se hizo indispensable llevar a cabo una revisión y actualización tanto bibliográfica como documental, dejándonos así un enfoque renovado y actual.

La primera parte está centrada en torno a los aspectos más generales sobre los afro descendientes en el Río de la Plata. El primer capítulo titulado *El arribo*, nos presenta un panorama acerca de las características étnicas- culturales de aquellos africanos que arribaron al continente americano, para luego atender al espacio rioplatense.

Identifica cinco grandes grupos según su región de procedencia, ello también aparece en los contratos de compraventa a disposición del comprador, quién establecía de antemano una clasificación actitudinal y no menos eurocéntrica del mismo. Para nuestra región, toma el aporte de Elena Studer y explica que de 279 buques negreros, 123 tenían la bandera portuguesa, nación que se abastecía de esclavos provenientes de Angola (Studer, 2009: 16). Así concluye que el mayor número de africanos arribados al Río de La Plata provenían de dicha región. Una vez llegados los barcos tumbeiros<sup>3</sup>, las autoridades mostraban gran alarma y preocupación por la aplicación de medidas sanitarias tendientes a prevenir el contagio y diseminación de sus posibles enfermedades, aunque no necesariamente fueran el único foco de contagio. La ciudad de Buenos Aires, nos advierte el autor, tenía precarias condiciones de higiene y salubridad. Hallándose ratas, perros vagabundos, suciedad en las calles. El segundo capítulo titulado, *De oficios, ocupaciones y formas de subsistencia*, se refiere a los tipos de trabajo desempeñados y las organizaciones o gremios establecidos en función de ello.

Inicialmente el Código Negro había prohibido la formación de gremios y el ejercicio de oficios en la ciudad. Pero el desprecio que tenían los blancos hacia estos trabajos considerados viles y el hecho de que fueran desempeñados por negros, hizo que dicha normativa jamás fuera cumplida. Las prohibiciones también giraban en torno a la formación de gremios por parte de los afroporteños. Aunque a pesar de ello, debido a la discriminación y desprecio sufrido, solicitaron a las autoridades la formación de un gremio aparte. Rosal indica que en 1795, el Consejo de Indias terminó aceptando el funcionamiento del gremio en cuestión. Su análisis sobre los padrones por oficios, deja

---

<sup>3</sup> La palabra Tumbeiros deriva del portugués y significa Tumbas. Según Rosal (p. 23), fue un término acuñado inicialmente por Rodríguez Molas (1970).

constancia que solamente en dos de ellos están representados claramente los afrodescendientes: el gremio de los zapateros y el de sastre. Como otras formas de subsistencia se encontraban los trabajos en la campaña y, en épocas post-revolucionarias, el alistamiento en las filas del ejército ha significado -si sobrevivían- la posibilidad de acceder a la libertad y en consecuencia tener posibilidades de ascenso social. El apéndice documental que se presenta al final del capítulo, da cuenta de los distintos oficios existentes entre 1748 y 1806. Están divididos por rangos (maestros, oficiales y aprendices) por procedencia (españoles, europeos o españoles americanos y extranjeros) por raza (indio, mestizo, pardo afrodescendiente) e incluso por condición jurídica (esclavo o libre).

La cuestión de las propiedades adquiridas por los negros, tanto libres como esclavos, se aborda en el tercer capítulo: *Los afroporteños propietarios*. La documentación observada, tales como testamentos, donaciones tasaciones y actas de compraventa e incluso planos de la urbe, le permiten ver al autor que la zona más habitada por los negros libres es la zona sudoeste. Ello resultó así tanto para la etapa colonial tardía como para la era independiente. Así queda demostrada la existencia de esclavos propietarios. Y el ejemplo de Manuel Barreda es muy ilustrativo. Este compra hacia fines de 1830 una propiedad cuyo valor cubría sobradamente el valor de su libertad (p. 86). Ahora bien: Rosal nos aporta un dato primordial para entender esta problemática. Muchas propiedades vendidas por esclavos o por negros libres, han sido compradas por aquellos blancos que despreciaban esa raza infame. Pareciera ser que en este aspecto comercial, las diferencias raciales logran borrarse, estando las partes en igualdad de condiciones. Resulta ilustrativo también los casos de familias o parejas dónde uno de sus integrantes es libre y posee bienes inmuebles mientras el cónyuge permanece en esclavitud. Se cita como ejemplo el caso de María Isabel Pinto, casada con el esclavo Manuel López, quien declara poseer una vivienda (p. 97). Pero no solamente los negros esclavos y libres eran compradores de inmuebles. También lo eran las asociaciones o naciones africanas, involucradas en este tipo de negocios para gestionar y facilitar las mismas. De hecho, el apéndice documental que se halla al final del capítulo, data la compraventa de propiedades por parte de estas organizaciones, explicitando cada una su sitio, la fecha de la operación y su ubicación en el Archivo General de la Nación.

La libertad, ha sido el bien máspreciado que persiguieron los esclavos en cualquier sociedad.

La manumisión podía ser obtenida por diversos medios, y dependía claramente del vínculo forjado entre siervo y amo que podía ser tan complejo y plagado de conflictos como afirmarse en una mutua confianza y afecto. En nuestro espacio rioplatense, la

consolidación de una mentalidad antiesclavista tiene lugar recién en los años post-revolucionarios. Esto es precisamente lo que comenta Rosal en el cuarto capítulo: *El proceso abolicionista*.

Como bien se ha señalado, en la etapa post-revolucionaria se empiezan a desarrollar algunas normativas a favor de la causa de liberación, por ejemplo, la Asamblea del año XIII, establecía la libertad de vientres, ese mismo año se sancionó el Reglamento del liberto y comenzaron a emerger mayores posibilidades de comprar la libertad mediante el trabajo personal propio de la coyuntura histórica vivida. Con todo, la práctica y la trata de este negocio tan lucrativo, no ha cesado por entonces. En este sentido Rosal alega los traslados de mujeres negras embarazadas al exterior, que una vez que dieran a luz se la embarcara nuevamente rumbo al territorio, violando así la libertad de vientres. De hecho, las prohibiciones y normativas al respecto se sucedían una y otra vez lo que denota su reiterado incumplimiento.

La libertad podía ser alcanzada mediante varios mecanismos, el ejercicio de las armas, su propio peculio, o mediante préstamos de los mismos afroporteños. Lo singular de ello, sostiene el autor, es que la devolución de la prestación muchas veces implicaba servicios personales que rozaban casi nuevamente los lazos propios de la esclavitud. La manumisión podía obtenerse también mediante el préstamo de sus maridos esclavos o incluso los progenitores mismos. Las naciones africanas eran de gran ayuda para ello. Uno de los ejemplos citados, clarifica mucho más esta perspectiva. Petrona Camargo le otorgó la libertad a la negra Juana en 160 pesos, y dicho dinero había sido obtenido de Andrés Castellanos, el presidente de la nación Rúbolo (p. 125).

Para la etapa constitucional, Rosal observa 450 testamentos de la etapa post-rosista y explica la pervivencia de relaciones de servidumbre encubiertas. Algunos documentos de compleja lectura y redacción poco clara, dejan traslucir la existencia de relaciones serviles o esclavas. Incluso aún sancionada la Constitución. Por ejemplo Luisa Tabanera, testa en 1859 que la mulatilla negra que está a su servicio la deja bajo el cuidado de su nieta Genoveva Díaz de Soler (p. 130).

La obra cuenta también con una segunda parte donde Rosal dedica su atención a los aspectos de la religiosidad como por ejemplo *Las Manifestaciones religiosas*, abordado en el quinto capítulo gracias a los datos desprendidos de los testamentos de morenos y pardos.

Es de suma importancia la consideración que hace sobre el enterramiento en sus dos características centrales: la mortaja y la sepultura. En cuanto a la primera, existía una relación directa entre la cofradía a la cual se pertenecía, aunque con el transcurso del

tiempo, pareció haber perdido importancia debido a la escasa aparición documental. En cuanto a la segunda, evidencia claramente la cuestión racial tan presente en el suelo rioplatense, ya que los reclamos esgrimidos por los cofrades para ser enterrados dentro de las iglesias como ocurría con los blancos, implica un reclamo y reconocimiento en pos de la igualdad. Otro factor esencial que aporta Rosal es la cuestión del sincretismo religioso. Según sus estimaciones sobre la documentación, si bien han pervivido para los negros algunos aspectos culturales de su tierra, para el Río de La Plata no podemos hablar de un sincretismo religioso a gran escala.

A las manifestaciones de la fe católica, los afroporteños les suscriben también expresiones y rituales netamente africanos. Estos eran un elemento clave para su cultura y resultaban siendo prohibidos por las autoridades virreinales por considerarlos un atentado a la fe o quizá alguna blasfemia. Aún así, los rituales funerarios y entierros iban acompañados permanentemente de bailes y cantos que se prolongaban durante días. Ante este panorama, la contribución del autor es fundamental, esboza una categoría significativa para entender esta temática señalando la existencia de un “afrocaticismo” como cierta religiosidad popular, aproximándose un tanto a lo que fue el sincretismo religioso de una sociedad esclavista.

Este capítulo también va acompañado de un apéndice documental que registra todas las sociedades africanas, su año de fundación, sus disímiles denominaciones y sus desprendimientos posteriores. Además efectúa algunas observaciones finales acerca de las limitaciones de los documentos en cuando a su nominación y la categorización a la que se refiere, de importancia para posteriores consultas.

Las cofradías religiosas también son parte inobjetable de estas manifestaciones religiosas. Y constituyen uno de los mayores ámbitos de integración para los afroporteños. El capítulo sexto, *Las cofradías religiosas*, se enfoca precisamente en este sentido. Aquí Rosal trata de advertir sobre los alcances e implicancias de esta institución en la vida de los afrodescendientes.

Estas eran asociaciones religiosas o hermandades tendientes a socorrer o asistir a sus integrantes. Dicha asistencia puede abarcar desde la ayuda espiritual para redimir el alma, o la asistencia monetaria. Se agrupaban detrás de alguna figura religiosa y eran ampliamente aceptadas debido al control que ejercían sobre la población “dominada”. Los ingresos que obtenían provenían generalmente de donaciones. Y respecto a la ayuda material, la cofradía funcionaba muchas veces como prestamista tanto para el pago de créditos, dotes o pensiones para aquellos que por impedimentos físicos no pudieran

trabajar. Esto nos deja ver la gran capacidad prestamista que tenían y por ende, una gran solvencia económica. Respecto a la asistencia espiritual, se trataba de ofrecer indulgencias y acortar el tiempo de estadía en el purgatorio. Rosal también rescata los estudios de Joao José Reis (p. 175), abocado a las hermandades brasileñas, lo que permite entender la dinámica de la alteridad entre los afrodescendientes de Brasil, en estas “micro- estructuras de poder” y vislumbrar los conflictos y divergencias entre las mismas por diferenciaciones étnicas y raciales. Algo que también ocurre en el Río de La Plata. Las observaciones que efectúa sobre las constituciones redactadas por las hermandades para sus afiliados, son reveladoras de su composición y funcionamiento. Por lo general estipulaban la edad mínima y máxima para el ingreso, si son esclavos debían tener el consentimiento escrito por sus amos, además de tener buenas costumbres y no comportar vicios como ebriedad, robos etc. Pero también, existían cofradías que exigían limpieza de sangre y calidad o directamente especificaban que debían ser españoles legítimos o libres de toda raza. Por ende el espacio jamás sería compartido de común acuerdo con los negros.

Por último, en sus aseveraciones finales, Rosal retorna las ideas de Joao José Reis, dónde se plantea que las cofradías afrobrasileñas resultan ser testimonio de una férrea resistencia cultural y piedra basal también para la formación de una conciencia negra (p. 211). Idea con la que concuerda el autor.

Sus conclusiones finales retoman algunas cuestiones ya desarrolladas en el resto de la obra y alega que la integración de los afroporteños no fue totalmente lograda, debiendo adquirir un sin fin de prácticas y pautas de vida para acercarse a los blancos. Aprender un oficio, trabajar para la compra de su libertad, la adquisición de bienes inmuebles, los reclamos para ser enterrados en el mismo lugar que los blancos, la integración en las cofradías, su fe católica, son evidencias de estar medianamente integrados. La lectura minuciosa de los testamentos, termina por demostrar que los afroporteños agotaron todas las prácticas posibles para integrar esta sociedad que, a la vez, los esclavizaba y estigmatizaba. No obstante, el aporte de estos sujetos ha sido fundamental. Es en este sentido que rescatamos la importancia de la obra de Miguel Ángel Rosal para profundizar toda interpretación en torno a la inserción del negro y su rol ejercido en nuestra historia – muchas veces ignorado- al afrontar la segregación y el destierro, redefiniendo paulatinamente su propia identidad en un mundo que les resultó ajeno, impropio y totalmente extraño.

## Bibliografía

- Rodríguez Molas, R. (1970). El Negro en el Río de La Plata. *Polémica*, n° 2, pp. 38- 56.  
Studer, E. F. S de (1984). *La trata de negros en el Río de La Plata durante el siglo XVIII*.  
Buenos Aires: Libros de Hispanoamérica.

Recibido: 01/09/11    Aprobado: 21/10/11

**Visacovsky, S. E. & Garguin, E. (comps.) (2009). *Moralidades, economías e identidades de clase media. Estudios históricos y etnográficos*. Buenos Aires: Antropofagia. 366 p.**

**Ignacio Reitano**  
Universidad Nacional de La Plata  
Argentina  
[reitanosociologia@gmail.com](mailto:reitanosociologia@gmail.com)

*Moralidades, economías e identidades de clase media*, libro compilado por Sergio Visacovsky y Enrique Garguin, pone acertadamente en evidencia la problemática que acarrea la consideración de la llamada “clase media” a partir de una supuesta uniformidad en sus características. Efectivamente, es la heterogeneidad, política, económica y cultural, de los sectores que la componen, como la consiguiente opacidad de las fronteras que la delimitan lo que hace particular a esta categoría. Ahora bien, más allá de considerar esta complejidad como un obstáculo a ser corregido, los trabajos aquí expuestos se proponen partir de ella para comprender las diversas formas en que los actores practican y definen su modalidad de pertenencia a la clase media. Se trata, además, de la problematización de la categoría misma de clase media, que la encontraremos desarrollada de forma novedosa a partir de dos tipos de abordaje: uno predominantemente histórico, en el cual se cuestiona la perspectiva de la clase *a priori* o “en el papel” definida por el investigador de forma “objetiva”, considerándola entonces como producto de procesos históricos en lo que se elabora y reelabora la clase bajo condiciones culturales y sociales particulares; y uno etnográfico, ya que las clases también se deben a mecanismos de distinción y clasificación afirmados culturalmente. Es decir, no sólo se intenta realizar una historización de los modelos y narrativas que devienen dominantes y naturalizados en procesos específicos, sino que también se pretenden analizar las formas concretas y variables de los actores al recurrir cotidianamente en sus prácticas contextualizadas a esos modelos y narrativas para identificarse y reconocerse como “clase media”.